

Piedad

Era uno de los carros del señor Presidente el que pasó despacito por la calle. Fue Juán, el chico de la tienda, quien lo reconoció más tarde como el Renault verde que algunas veces se parqueaba los sábados, abajo en la calle 23 junto al parque, para que sus discretos ocupantes despacharan la noche con las mujeres de doña Engracia. El auto dobló lento la esquina en un zig-zag que parecía de búsqueda. Una mujer en la ventanilla trasera miraba con detenimiento, levantó la mano y señaló:

—Alto, no siga, por allá no me gusta, voltee mejor por aquí.

Y el conductor se desvió por las callejuelas de aquel antiguo sector del barrio, donde las edificaciones muestran la arrogancia de un tiempo perdido con el recuerdo de sus constructores, hoy ya viejas, pero con el extraño encanto de los áticos y los pesados portones. Pocos árboles le quedan aún —si es que alguien recuerda—, de lo que debió ser una arboleda que enmarcaba la soberbia magnitud de las caserones, reducidos aquellos a compartir ahora su espacio con el pavimento y la basura. Un lejano aire de aquellos tiempos se respira a pesar de la transformación de las viviendas en garajes, talleres, tiendas y moteles. Sin embargo, de vez en cuando un techo rojo exhibe feliz la resistencia de la mansarda con su pequeña ventana, un ojo vigilante desde la altura.

Ni los niños que jugaban pelota en la calzada, cuando se abrieron para que pasara el auto, se dieron cuenta de nada, ni los vecinos notaron —es cierto, no todos la conocían— que la Lola estaba buscando casa. Por fin se detuvieron en la panadería, justo en la casona de las "entradas". Siempre nos gustó a todos su fachada elegante y sus dimensiones generosas, que en una mala racha sus dueños debieron compartir con inquilinos; dividiéndola en apartamentos como tantas puertas se le pudo hacer por el frente y, aún así, continuó siendo grande. Fue aquí donde se bajaron ellos. La mujer caminó algunos pasos y miró de lleno la portada. Nada de raro tenía que siguieran llegando visitas donde los Pérez, por eso sería que no nos pareció extraño. . . Algunos de los jovencitos recuerdan —imitándola con tanta gracia— que la Lola decía que le gustaba la entrada, que el arbolito muy chusco, que esto y lo otro y que todo tan cerquita, y movían las caderas y se morían de la risa.

Cuando llamaron fue el mismo niño quien abrió la puerta. Que dónde están sus padres —mirada indefinida de Josito—, "Llámeme a su mamá" y como si tal cosa la señora se va entrando y el señor se quitó el sombrero sin avanzar. Y la Lola comenzó a mirarlo todo, sin más se fue metiendo por las piezas, que cerraba sus ojitos para cavilar en los muebles, los traía y los llevaba. Daba unos pasos retrocedía, se fijaba en los detalles. Con la

* Socióloga, miembro del Taller de Escritores de la Universidad Central. Ganadora del Primer Premio en el concurso de Compensar con el cuento "Piedad".

voz ronca que le salía cuando pensaba en voz alta:

—mmm. . . mejor se lleven sus enseres, pero los jarrones me parecen divinos, si es el caso yo los compro.

Así hasta que el funcionario le dijo:

—Señorita, oiga. . .

Y ella volteó la cabeza para encontrarse con los ojos desorbitados de la señora Pérez. Solo veía de Lola el gesto provocador de su sonrisa, los dientes desnudos lindando con los dos hoyuelos que se le formaban en los pómulos, atónita y presa del gesto se la quedó mirando; quizás incómoda por la fijeza con que era observada, Lola agitó los cabellos y aspiró el aroma de los claveles del florero más cercano, se adelantó amistosa y dizque le dijo:

—No se preocupe, se les encontrará un sitio donde vivir.

Y comenzó a subir las escalas hacia el segundo piso. La pobre señora se ahogaba y en un esfuerzo gritó en agudo falsete:

—Pero cómo nos va hacer salir de nuestra propia casa. . . Dios mío, ¿es que no entiende?

Desde la baranda Lola respondió:

—Si es lo mismo, se les buscará otra; el señor Sambrano se encargará de eso.

Y el hombre dijo que sí y parece que después él se quedó hablando mucho rato pero que ella ni lo oía porque no acababa de creer lo que les estaba pasando, que precisamente a ella, a ellos les estuviera ocurriendo esto. Lola, la querida del presidente en su casa que ya no es su casa, mirando sus camas, sus cortinas, antojándose de sus cosas.

—Y si no? —le dijo.

—Cómo? —le preguntó él cuando la señora Pérez lo interrumpió—. Me imagino que no lo dirá usted en serio, mire. . .

Y empezó con el cuento de las becas, las consideraciones y que hasta "un mejor puesto para su esposo". Y cuando ella le dijo:

—Soy viuda, señor. . .

El le cortó la palabra:

—¡Pero tiene hijos!

Se quedaron callados oyendo arriba el taconeo de Lola. Abrió la ventana, soltó el retrete, caminó y apareció después por la escalera. Abajo el señor Pérez la esperaba molesto, la señora Pérez era un pequeño animalito recostado en la pared, pero sin duda ella no vio nada porque había encontrado lo que quería, y como si nada, dijo, con esa voz ronca:

—Señora, le compro los jarrones, le aseguro que soy generosa.

Y se acercó a la mesa donde había un florero lleno de azucenas y se las quedó mirando, luego dijo pensativa:

—Me fascina la casa por las flores, tal vez es eso lo que más me gusta, aunque están un poco marchitas.

Y las fue a coger cuando el niño, el mismo Josito, se le plantó gritando:

—¡No las toque! Son de mi papá, para que él se sienta bien ahora que ya no está.

Lola retiró su mano asombrada.

—¿Qué dice?

Y miró al señor Sambrano que parecía tan confundido ahora y a la señora que se adelantó y abrazó al niño. En un hilito ésta le contestó:

—Son flores del velorio de mi esposo, antier lo enterramos.

Lola despavorida se cogió del brazo de su acompañante y el tintineo de sus pulseras la persiguió hasta la puerta donde corrió diciendo:

—¡Ni más faltaba que se vaya a incomodar a un muerto!!!